



Movimientos de liberación homosexual en América Latina. Aportes historiográficos desde una perspectiva comparada entre Argentina, Brasil, Chile, Colombia y México (1967-1982)

Homosexual Liberation Movements in Latin America. Historiographical Contributions from a Comparative Perspective between Argentina, Brazil, Chile, Colombia and Mexico (1967-1982)

PATRICIO SIMONETTO

CONICET / CEHCMe / Universidad Nacional de Quilmes, Argentina

psimonetto@uvq.edu.ar

Abstract: Between 1967 and 1982, homosexual liberation movements emerged in Latin America that sought to unify strategies of social and sexual revolution. This article proposes a comparative study to rethink the periodization of the distinct selection of cases and analyze the similarities and differences between them. For this, the cases of Argentina, Brazil, Chile, Colombia and Mexico are discussed. The purpose of this paper is to find a different explanation for these movements that avoids viewing them as just a projection of the Stonewall uprising (1969), thereby bringing forward an explanatory variable from within Latin America. In turn, the respective relationships of these movements with the local radical Left and the State are also considered.

Keywords: Homosexual liberation movements; Latin America; 20th Century.

Resumen: Entre 1967 y 1982 se extendieron en América Latina movimientos denominados de ‘liberación homosexual’ que buscaron unificar las estrategias hacia la revolución social y sexual. Este trabajo propone un estudio comparado de los movimientos de Argentina, Brasil, Chile, Colombia y México, que permite repensar las periodizaciones, similitudes y diferencias de los distintos casos considerados. Esta lectura reubica el impacto de la revuelta de Stonewall en una narrativa más compleja que ilumina la relación de estos movimientos con la izquierda radical local y su respectivo Estado.

Palabras clave: Movimientos de liberación homosexual; América Latina; Siglo xx.

Entre 1967 y 1982 la emergencia de movimientos de liberación homosexual constituyó una iniciativa sin precedentes en América latina. Los convulsivos años sesenta y setenta conjugaron una crisis de hegemonía con la participación de trabajadores y jóvenes de las capas medias en la vida política que reforzó el ideal de la transformación radical en la región. Paralelamente, pequeños grupos intentaron incidir en la agenda de la izquierda con un programa que aunaba la revolución sexual con la social. El objetivo de este artículo es proponer un ejercicio historiográfico comparatista entre los resultados de mi propia investigación sobre el Frente de Liberación Homosexual de la Argentina (FLHA) (Simonetto 2016), con las nutridas pesquisas de otros colegas sobre los movimientos de liberación homosexual en Brasil, Chile, Colombia y México.

Sin rechazar la existencia de especificidades, la comparación permite pensar nuevas periodizaciones que tensionen las propuestas por historiografías nacionales o globales (Giordano 2011). Nuestra propuesta se centra en la posibilidad de construir una narrativa que morigere la temporalidad anglosajona que propuso la revuelta de Stonewall¹ como un parteaguas en la historia global de estos movimientos. Para ello, contempla una hibridación dialéctica en el cruce entre tendencias locales e internacionales; es decir, relocaliza el episodio en el país del norte como un dato que, a la vez, consolidó tendencias pretéritas y alentó las expectativas de una revolución sexual y social.

Por otro lado, consideramos que las tensiones con las culturas de izquierdas, generalmente reacias a incluir las demandas de la liberación sexual en sus agendas, fueron un hecho constitutivo del itinerario de estas organizaciones y definieron las condiciones de vinculación. Así, por ejemplo, el fuerte rechazo al “imperio” definió un robusto componente discursivo que, en mayor o menor medida, medió en la relación de los homosexuales radicales de la periferia con los del centro en su intento por ingresar al universo de la izquierda.

A partir de estos objetivos, proponemos cinco ejes de análisis. Tomamos en cuenta, primero, la coerción estatal a la disidencia sexual en particular y la relativa confluencia

¹ Nombre del bar de Nueva York en el que, en 1969, grupos de *drag queens*, gais y lesbianas se enfrentaron a la policía local para rechazar el hostigamiento. Parte de la historiografía tendió a señalarlo como dato central para comprender la historia global de los movimientos de liberación homosexual (Brown 2002; Wilson 2011).

con los procesos de violencia política en general. Las legislaciones latinoamericanas que sancionaron las relaciones entre personas del mismo sexo coincidieron con la creciente violencia institucional guiada por la doctrina de seguridad nacional. Ese clima tuvo un efecto diverso en los movimientos: algunos se organizaron en el declive del autoritarismo (Brasil), otros vieron interrumpida su acción por las dictaduras (Argentina y Chile), mientras que otros más sobrevivieron en democracias precarias (México y Colombia).

Segundo, la radicalización de la izquierda y el desarrollo del feminismo de la segunda ola fueron sustanciales. El rechazo de la cultura comunista oficial a las sexualidades no normativas y las dificultades por ingresar a los movimientos de masas generalmente acercaron a los grupos homosexuales al trotskismo y al feminismo. La izquierda tradicional vivía un cambio de ciclo y la aparición de una agenda con nuevas preocupaciones dejó espacios libres para interpretaciones políticas menos apegadas a las estructuras de las instituciones políticas clásicas. Figuras como Néstor Perlongher (Argentina), León Zuleta (Colombia) y Pedro Lemebel (Chile) se politizaron en estas organizaciones y criticaron la indiferencia frente a la demanda de liberación sexual (Rapisardi 2008; Ríos 2014).

Tercero, nos preocupa dimensionar en qué medida los movimientos homosexuales tuvieron un impacto regional, contemplar diálogos (si los hubo) entre tendencias locales y anglosajonas, ver las miradas entre pares y la circulación de saberes como parte de su metabolismo político. Se trata de ver, por ejemplo, cómo los argentinos exiliados por la persecución dictatorial influyeron entre los grupos brasileros, y cómo estos últimos también dialogaron con entusiasmo con los norteamericanos. Se busca trazar así el frágil mapa en el que circularon inspiraciones, guiños y contactos discretos.

Cuarto, la formación de un discurso y un programa teórico fue una tarea común. Manifiestos, revistas y grupos de estudios fueron unidades esenciales de la acción de grupos que intentaron acercar criterios marxistas y freudianos con el fin de convencer a la izquierda de que en la sexualidad también se disputaba el poder. Queremos vislumbrar de qué formas cada uno de estos movimientos elaboró un diálogo que legitimara la inserción de sus demandas en la política revolucionaria señalando un punto de encuentro entre la lucha contra el capital y el patriarcado.

En último lugar, contemplaremos la dimensión urbana de estos movimientos en relación con las tácticas de socialización con las que burlaron las normas de control, pero también produjeron formas sexo-afectivas de identificación común, como una intersección entre sus vidas y la política. Se trata aquí de los modos en que sujetos implicados gestaron formaciones sexo-afectivas entre personas del mismo sexo frente a una normativa punitiva.

En función de lo expuesto, este artículo se organiza en tres apartados. En el primero trabajamos el caso de Argentina y México por su acción pionera en un programa radicalizado. En el segundo presentamos el caso de Brasil y su relación con el caso argentino, las particularidades de su expansión territorial y su inserción en un proceso de pugna por la apertura democrática. Por último, compararemos los casos de Chile y Colombia por su escasa capacidad de constituirse como grupos organizados.

A principios de la década de 1970, y a pesar de las distancias geográficas, el movimiento argentino y el mexicano adoptaron una nominación común: Frente de Liberación Homosexual Argentino (FLHA) y Frente de Liberación Homosexual Mexicano (FLHM). El segundo estuvo en parte inspirado en la Argentina y en el Gay Liberation Front estadounidense. Ambos tendrían origen en los círculos comunistas y destacarían el papel de los trabajadores en la liberación de los oprimidos.

En el país sureño, el FLHA surgió como un colectivo político que reunió a sujetos con identidades sexuales disidentes a la normativa heterosexual. Su objetivo consistió en aunar el ideario de la transformación social radical y la revolución sexual. Sus antecedentes se remontan a 1967, cuando Héctor Anabitarte, un militante sindical del gremio del correo (FOECYT), fue sancionado, enviado al psiquiatra y finalmente expulsado del Partido Comunista Argentino (PCA) por proponer un debate sobre la homosexualidad entre los jóvenes (Rada Schultze 2012; Simonetto 2016). Como reacción, Anabitarte fundó el Grupo Nuestro Mundo (GNM) junto con un militante gremial de la Unión de Personal Civil de la Nación (UPCN), un vendedor de máquinas de escribir que tenía esposa e hijos y un joven vendedor de seguros, entre otros. En 1971, el GNM confluyó con el grupo “Profesionales”, fundado en 1970 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA), en el que militaba el escritor Néstor Perlongher, ex militante del grupo trotskista Política Obrera sentando las bases del Frente. Al poco tiempo, este aglutinó diez subgrupos que incluyeron a intelectuales y trabajadores marxistas, filo-peronistas, cristianos con principios anticapitalistas, antipatriarcales y antiimperialistas.

En México, la actriz y directora comunista Nancy Cárdenas organizó el FLHM junto a otros intelectuales para rechazar las represiones cotidianas. A la coerción diaria que sufrían como homosexuales se le sumó la tendencia coactiva que marcó el país luego de los enfrentamientos estudiantiles del 68 y la ofensiva del ejército en el 71. Este colectivo tuvo una interpretación particular del marxismo, cuestionó el rechazo de los comunistas y buscó legitimar sus demandas de liberación (Barrón Gavito 2010).

Como los argentinos, los mexicanos se acercaron al mundo sindical. En 1971 organizaron un boicot a la tienda Gears por sus despidos discriminatorios de mujeres lesbianas y hombres homosexuales (Mogrovejo 2000). Esta cercanía no se reducía solo a acciones comunes entre homosexuales de distinta posición social o ideológica. La atracción a la clase obrera surcaría los imaginarios eróticos y prácticas de ligue. Entre los sectores de las capas medias, la búsqueda de encuentros afectivos con sectores de trabajadores era común. Esta intersección de encuentros plasmaba en el acto sexual cierta emanación erótica apoyada en la exaltación de una masculinidad con la que imaginaban a los trabajadores (Acha/Ben 2004; D’Antonio 2015; Laguarda 2010; Simonetto 2015a).

El FLHM se dividió en 1973 por presiones internas, sobre todo por diferencias entre varones y mujeres. Su discurso político radical sobrevivió en grupos de educación, concientización y producción de conocimiento. Al cumplirse el decenio de la represión

estudiantil del 68 y ante el homenaje de la Revolución Cubana, los distintos grupos se reunificaron en el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (FHAR). A diferencia del colectivo del 71, este tenía una orientación anarquista y buscaba contraatacar la discriminación y las desigualdades económicas de homosexuales y lesbianas (Mogrovejo 2000).

La emergencia de estos grupos respondió a la interconexión de los profundos cambios que atravesaron el movimiento obrero y la izquierda. En Argentina, dos años más tarde de la fundación del GNM se produjo la irrupción de las fuerzas sociales en el Cordobazo (1969), un conjunto de movilizaciones en las que convergieron franjas de la masa asalariada, estudiantes y sectores populares socavando así la legitimidad del régimen castrense que ejercía el poder desde 1966. Este método se extendió y, en los años siguientes, los llamados “azos” convocaron a estudiantes y trabajadores a enfrentar un régimen precario. Las nuevas relaciones de fuerza dieron dinamismo a los procesos políticos. Desde la proscripción del peronismo en 1955 se había abierto en el país un proceso de disputas entre las clases dominantes. En el marco de la alternancia entre gobiernos civiles y militares se abrió una brecha que dio espacio a la formación de sectores de la izquierda radical y organizaciones de base del movimiento obrero que intervinieron también en la lucha y la protesta social (Schneider 2013). En México, bajo una democracia precaria, la organización de homosexuales encontró puntos de contacto con la irrupción de los estudiantes en el 68. La insubordinación social de los estudiantes motorizó demandas populares y puso en práctica tácticas que resultaron un desafío para el régimen, a tal punto que durante varios días la policía tuvo que ceder ante los manifestantes. La batalla finalizó con la matanza en la plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco (Rodríguez Kuri 2003).²

En este mapa convulsivo, la conflictiva relación con los partidos comunistas fue constitutiva. A diferencia del caso de los Estados Unidos, donde la influencia comunista era muy débil para poder trastocar los nuevos movimientos gais, en América Latina esa corriente conservaba una nutrida participación. En efecto, aunque el gobierno bolchevique había eliminado del código penal la punición del sexo entre varones y permitió el trámite de convivencia, luego, el Estado soviético reinsertó las penas y afirmó a los partidos de la Tercera Internacional que la homosexualidad era la “máxima expresión de la decadencia burguesa contra la natura” (Healey 2001). En consecuencia, muchos partidos alineados de la región se mostraron inflexibles frente a quien expresara públicamente una orientación no heterosexual e intentaron repeler toda idea política al respecto.

Por otro lado, la cultura de izquierda atravesó fuertes transformaciones. La Revolución Cubana (1959) cuestionó la teoría comunista oficial de la revolución por etapas, para dar paso a la idea de que el paso al socialismo no podía esperar ninguna modernización local (Nercesian 2013). Sin embargo, el socialismo centroamericano, horizonte de

² Nombre que recibe la matanza comandada por el gobierno mexicano frente al movimiento estudiantil mexicano. Estudiantes reunidos en la plaza de las Tres Culturas fueron atacados por miembros del ejército uniformados y de civil, lo que dejó decenas de asesinados como saldo.

la nueva izquierda, fue un referente denso en el imaginario social de diversas organizaciones que, desde distintas lecturas, rearmaron sus tácticas y estrategias. El propio FHAR en México participó de los festejos ante el decenio del socialismo cubano. A pesar de ello, la Revolución tuvo una fuerte política de restricción contra los homosexuales, que incluyó persecución y participación en campos de rehabilitación (Guerra 2010).

La representación de la estrategia foquista³ y el fetichismo del guerrillero delineó la figura de un militante viril. Relataba un célebre escritor cubano que “desbordaba la virilidad militante, no parecía haber espacio para el homosexualismo que era severamente castigado con la expulsión y el encarcelamiento” (Arenas 2010: 71). Este tema ocupó las discusiones del FLHA en la medida en que buscaba dialogar con una izquierda local que, en su variante comunista, peronista, guevarista o trotskista, veía en Cuba un punto de referencia. Por otra parte, el Mayo francés (1968), la movilización conjunta de obreros y estudiantes en París, la huelga general y el desarrollo de una política estética ligada a la acción, trastocaron los códigos tradicionales de estos grupos. Emergió así la idea de que la crítica al sistema capitalista debía estar acompañada por un cuestionamiento profundo de las tradiciones que componían su estabilidad y su *statu quo*, y que la sexualidad, las relaciones de género y la cultura ya no podían ser obviadas en la búsqueda de un cambio radical de las formas de existencia. La insurrección contra lo establecido significó una disrupción contra las normalidades: lo más cercano era digno de crítica y el aliado, el compañero, tenía que dejar de ser lo que era para que el cambio pudiera producirse. En los muros de la ciudad de París se podía leer: “Todos tenemos un policía adentro, matémoslo”. De este modo, se alteraba la representación social del proceso revolucionario. Los sujetos comprometidos con la oposición al sistema capitalista debían cuestionarse y reconfigurarse a ellos mismos en el camino a la revolución (Casullo/Forster/Kaufman 1999).

En este clima, el accionar de Stonewall aceleró el punto de quiebre en la perspectiva política radical de la sexualidad. El grito de Gay Power que lanzaron los jóvenes homosexuales negros y latinos para expulsar a la policía de su punto de encuentro fue el soporte de un mito fundacional para los homosexuales radicalizados occidentales. Este fenómeno tuvo una influencia innegable en la cristalización de la trayectoria de los movimientos de disidencia sexual. En el caso argentino, aunque la aparición del GNM ya expresa su relativa autonomía, esta conexión y referencia se harían más estrechas con la llegada de Néstor Latrónico en el año 1973, un joven argentino que militó en el Gay Liberation Front norteamericano. Inclusive, como veremos con posterioridad, el FLHA tuvo un impacto directo en Brasil. También, la necesidad de dialogar con una cultura de izquierda antiimperialista puso límites a la reivindicación de la revuelta “yanqui”

³ Nombre que recibe una forma de acción política inspirada en la Revolución Cubana popularizada por Ernesto ‘Che’ Guevara. La misma suponía que la acción de pequeños focos guerrilleros podía desarrollar las condiciones de posibilidad para que se gestara una revolución social. El complemento de la táctica de guerrillas era considerado fructífero para debilitar al régimen y extender rápidamente la revolución.

(Simonetto 2016). En México, quizás por su proximidad, el impacto del imaginario de Stonewall y la oleada feminista fue más directo, lo que se expresó en la adopción de tácticas anglosajonas por parte del FLHM como los grupos de concienciación, que no existieron en el país del sur (Weis 2014). La elección de la nominación política homosexual por sobre su coetánea gay (que se consolidaría en los ochenta) es síntoma de un diálogo tenso en términos políticos (con la izquierda) y con el lenguaje de la comunidad sexual a la que pretendieron representar. La elección de un nombre gestado por el peyorativo discurso médico, que soslayaba la existencia de lesbianas o travestis, delimitó también el terreno de usos de un lenguaje local y relativamente autónomo.

El diálogo entre los movimientos argentino y mexicano con la izquierda estuvo marcado por la relación con el feminismo y el trotskismo. Finalizado el golpe en 1973, con el Gran Acuerdo Nacional, se permitió la reinserción del peronismo en el sistema político argentino con el fin de cooptar o aislar a los sectores radicalizados para separar la oposición a la dictadura de la oposición al sistema. Esto llevó a muchas fuerzas, entre ellas al FLHA, a realizar una experiencia con el peronismo. Al calor de las elecciones y la reapertura democrática, el FLHA creció en fuerzas militantes llegando a articular once agrupaciones (Alborada, Bandera Negra, Católicos Homosexuales de la Argentina, Eros, Grupo Nuestro Mundo, Parque, Profesionales, Psicoanálisis, Safo y Triángulo Rosa). Al poco tiempo se sumaron nuevos adherentes al grupo, entre los cuales podríamos nombrar al escritor Manuel Puig, el crítico cultural Alejandro España y el filósofo José Sebreli.

El intento de acercamiento del FLHA al peronismo fue limitado en el tiempo. En 1973 sus representantes se hicieron presentes en las manifestaciones de Ezeiza y Plaza de Mayo para festejar el retorno de esta tendencia política al gobierno y dieron una entrevista al semanario *Así* en la que propusieron un mensaje más masivo valiéndose de la figura de Evita y de consignas nombradas en la marcha peronista como “para que en el pueblo reine el amor y la igualdad”. Pero un sector de la derecha peronista empapeló la ciudad con la frase: “El ERP, los Homosexuales y drogadictos”, y la izquierda peronista recibía al grupo de homosexuales en las manifestaciones con la injuria: “No somos putos, tampoco faloperos, somos soldados de Evita y Montoneros”.

Héctor Anabitarte recuerda: “Llevábamos con timidez una pancarta que nos identificaba. Las columnas que venían adelante y atrás dejaron un espacio para no confundirse con nosotros, los putos. Vivíamos de marginación en marginación”.⁴ Las libertades democráticas del gobierno de Héctor Cámpora (1973) permitieron que este grupo se reuniera y visibilizara parcialmente.⁵ Néstor Latrónico señala que, gracias a arreglos llevados a cabo por el sociólogo Néstor Perlongher, pudieron asistir a Ezeiza a recibir a Perón junto a la Juventud Peronista (JP). Pero su participación con banderas y pancartas

⁴ *Clarín*, 09.02.2013.

⁵ Héctor Cámpora llegó a la presidencia en 1973 con el objetivo de convocar a elecciones y garantizar el retorno del ex presidente Juan Domingo Perón. A diferencia del régimen militar previo, caracterizado por las detenciones arbitrarias y sus campañas enfáticas de moralización, la vuelta democrática se caracterizó por la aparición de nuevas libertades civiles. Aunque estas duraron poco tiempo, eso no constituía un dato menor para los homosexuales argentinos.

que solicitaban el fin de las persecuciones por su condición sexual fueron respondidas con rechazo por algunos asistentes. En la manifestación les cantaban: “No somos putos, tampoco faloperos, somos hijos de FAR y Montoneros”. A pesar de sus intentos, había por el momento una frontera política infranqueable entre el FLH y el peronismo.

La primavera duró poco, las razias policiales y la aplicación de los edictos se intensificaron. Con el retorno de Perón a la presidencia, fue nombrado en la superintendencia de la policía Luis Margaride, la polémica figura pública de las campañas de moral. Los jóvenes peronistas denunciaron enfáticamente un cuadro de represión estatal caracterizada por un discurso conservador y una mala prensa; para los homosexuales el nuevo clima selló el retorno alevoso de los límites estatales a sus formas de existencia.

En este marco, el FLHA avanzaría a una segunda etapa de diálogo en mayor consonancia con la experiencia mexicana. Los cruces con el feminismo fueron un elemento común para ambos. Por su carácter abierto y por la habilitación a la doble militancia, las feministas argentinas y mexicanas fueron un nexo con el trotskismo local, el Partido Socialista de los Trabajadores de la Argentina (PST) y el Partido Revolucionario de los Trabajadores en México (PRT) (Trebisacce 2013; Cano, 1996). Pertenecientes todos a franjas minoritarias de la nueva izquierda, gestaron espacios flexibles de discusión y acción común, en los que las distintas facciones se debatían sobre cuál era el eje de su acción programática: la opresión sexual o de clase (Simonetto 2016).

El feminismo mexicano resurgió con la contracultura universitaria del 68 y en estrecha relación con el movimiento de mujeres de los Estados Unidos. Inspiradas en la “segunda ola feminista”, compartieron con los movimientos de liberación homosexual una fuerte crítica al sistema social y a las desigualdades de género. En este sentido, tuvieron estrechos puntos de contacto con las disidencias sexuales. Entre ellos se destaca la organización de un contra-congreso en 1975 como respuesta al congreso mundial por los derechos de las mujeres de la ONU, como así también, en 1979, la construcción del Frente Nacional de Liberación y los Derechos de la Mujer, en el que convergieron el FHAR, sindicatos, el trotskismo y el feminismo (Cano 1996; Mogrovejo 2000).⁶

En Argentina, este encuentro se generó en espacios de producción teórica. Los miembros del FLHA produjeron manifiestos, documentos y publicaciones para explicar de qué forma la izquierda tenía que luchar por la liberación sexual. Con el feminismo construyeron el Grupo de Política Sexual, en el que participaron reconocidas figuras, como la cineasta María Luisa Bemberg (Simonetto 2016). Los mexicanos impulsarían una experiencia similar con el grupo SEXPOL, cuyo objetivo era el de formar a sus miembros (Borrón Gavito 2010). El uso del término ‘política sexual’ refería al creciente impacto del libro *Sexual Politics* de la marxista feminista Kate Millet. La coincidencia de nombres también remitía a la inscripción de estos movimientos en las teorías de la liberación del

⁶ Insertas en la perspectiva feminista de la segunda ola, se sucedieron numerosas agrupamientos que alternaron sus nominaciones y composición: Mujeres en Acción Solidaria (MAS, 1971), Movimiento Nacional de Mujeres (MNM, 1972), Movimiento de Liberación de la Mujer (MLM, 1974), Colectivo La Revuelta (1975), Colectivo de Mujeres y Lucha Feminista (1978).

deseo, un pensamiento híbrido entre el psicoanálisis freudiano y el marxismo que suponía que la revolución no solo debía liberar al proletario de la venta forzosa de su fuerza de trabajo, sino también de la sujeción de su deseo y su cuerpo sexuado. La familia se tornó blanco de críticas al señalársela como máquina de producción de sujetos para su inserción al mercado capitalista (Vespucci 2011; Simonetto 2014).

Como en el caso de otros movimientos políticos, la elaboración de un periódico propio fue una herramienta clave. En Argentina la publicación *Somos*, aunque de pocos números y baja tirada, sirvió como un escenario polifónico donde las distintas tendencias internas del FLHA y sectores no militantes encontraron ecos a sus penurias. Sus pares del FLHM, más tarde el FHAR, se destacaron por elaborar la revista *Nuestro Cuerpo*, que también actuó como una tribuna informativa para los homosexuales.

La mayoría de los Estados latinoamericanos sancionó de una manera u otra las relaciones entre personas del mismo sexo. En Argentina, distintas legislaciones (provinciales o municipales) punieron el escándalo público y las acciones indecorosas. La ambigüedad de las normas llevaba aparejadas prácticas policiales abusivas de chantaje, coerción y encarcelamiento. En la Ciudad de Buenos Aires, el edicto 2 “H” permitía que los agentes del orden encarcelaran a los homosexuales hasta 30 días acusándolos de ofrecer sexo en la vía pública. Una vez detenidos, eran sometidos a tormentos y vejaciones. El rechazo a estas medidas ocupó gran parte de la acción del FLHA, que repartía entre los homosexuales una cartilla de seguridad para que evitasen ser detenidos y conocieran sus derechos frente a la ley. En México, el lugar normativo del Estado se concentró en la ley de imprenta, la ley 260 y los artículos II-IV y 5-VI. Con el fin de conservar las “buenas costumbres” y el “control de la moral”, las normas abrían un amplio margen para la coacción y represión específica de las prácticas homosexuales.

Estas leyes intentaban limitar una cultura homosexual que para los estados perturbaba su espacio público. Cercenados en el uso de su espacio privado por la coacción familiar o comunitaria, muchos homosexuales participaron en un juego de prácticas con el que colocaron su intimidad en el mundo público. A los bares y puntos de encuentro se le agregaron las caminatas nocturnas en la ciudad, la visita a los baños públicos, los juegos de miradas. Más allá del rechazo político a la represión, los homosexuales articularon prácticas para estimular encuentros sexo-afectivos, desplazando su intimidad a espacios públicos. El establecimiento de “zonas rosas” en México o el uso de las calles bonaerenses, la visita de baños de cafeterías y estaciones o de las zonas aledañas al puerto, resultaron en varios países tácticas de resistencia y formas con las que estos grupos perduraron en el tiempo (Acha/Ben 2004; Laguarda 2010). Estos modos de habitar el espacio coincidieron con las sanciones que se desplegaron más allá del Estado. La acción de la comunidad era destacada por el FLHA en la justificación que la prensa diaria efectuaba ante el asesinato de “amorales”, de sujetos que eran condenados por trasgredir los estatutos masculinos (Insausti 2007; Simonetto 2015a).

A la presión social se le adicionaron las amenazas de la ultraderecha peronista ligadas a bandas paraestatales que, amparadas en un giro del Estado bajo la Doctrina

de Seguridad Nacional, se dedicaron a atacar a la izquierda. En 1975, el FLHA sería agredido por *El Caudillo*, un periódico representante de la Alianza Anticomunista Argentina (AAA) asociada al ministro de Bienestar Social peronista López Rega. En la misma invitaban a atar en árboles a los homosexuales, golpearlos y raparlos para implantar medidas pedagógicas en el pueblo (Simonetto 2015b). Estas acciones, a pesar de ser resistidas, llevaron a que la organización pasara a la clandestinidad para luego disolverse un tiempo antes del golpe de Estado.

Por su parte, el FHAR mexicano, tras numerosas discusiones internas, decidió disolverse llegado el año 1981. Las razones aludidas fueron las diferencias internas. Se dividió en pequeños grupos, algunos de los cuales continuaron como satélites del trotskismo, mientras que otros se reconvirtieron en movimientos sociales con mayores expectativas en el reconocimiento de derechos públicos (Barrón Gavito 2010).

En síntesis, podríamos afirmar que en Argentina y en México los movimientos de liberación homosexual compartieron como principales características la procedencia de partidos comunistas, la intención de confluencia con el trotskismo y el feminismo, los intentos de aproximación al movimiento obrero y una matriz ideológica radicalizada. Mientras que el primero fue más distante del impacto de Stonewall, el segundo mostró mayor adhesión e influencia del mismo, aunque esto no significó que no observara también el caso argentino. En ambos casos, las estrategias políticas buscaron disuadir las presiones coactivas del Estado, como así también actuar como refugio ante las sanciones sociales y comunitarias. Por último, mientras que en Argentina debieron disolverse por el advenimiento de un clima represivo como antesala del golpe de Estado (1975-76), en México, las presiones internas resultaron decisivas.

BRASIL: BAJO LA MATRIZ DEL IMPULSO DEMOCRÁTICO

El país de habla portuguesa mostró una mayor variación en sus grupos y una extensión territorial superlativa, llegando en 1980 a tener 22 grupos organizados que, desde distintas perspectivas, buscaban aunar esfuerzos por la liberación homosexual radical insertos en una perspectiva de izquierda. Las agrupaciones tuvieron dos especificidades: primero, se formaron en un contexto de tendiente disminución de la violencia política y consolidación de una izquierda democrático-liberal; segundo, combinaron la interacción con movimientos locales con una mirada internacional hacia movimientos similares (Argentina y Estados Unidos).

A diferencia de sus pares del Cono Sur, la dictadura brasilera, que duró 21 años (1964-1985), fue un régimen castrense con formato representativo, es decir, en el cual se permitió el funcionamiento del Congreso y los partidos políticos con ciertas proscipciones (Ansaldi/Giordanno 2012: 429). Aunque durante su primera etapa se mostró inflexible, practicó la desaparición forzada de personas y restringió la actividad de las organizaciones de izquierda para favorecer la política oficial, a finales de los setenta la coerción se morigeró y se concedieron algunas libertades democráticas (Nercesian 2006).

Para los homosexuales brasileros la coacción no era monopolio del Estado dictatorial. La persecución a la sodomía del siglo XIX fue acompañada, a mediados del siglo XX, con la institucionalización de los códigos de falta (Green 2012; Figari 2009). Frente a las tendencias represivas, la disidencia sexual no permaneció pasiva. En la década del setenta, Néstor Perlongher (1986) detectó en el trabajo etnográfico que desarrolló en ese país la lenta emergencia de una subcultura “gay-contestataria” en los centros urbanos mucho antes de que esta asumiera una forma política.

La formación de grupos políticos radicales homosexuales se relacionó con tres fenómenos conexos. En primer lugar, el contacto con las agrupaciones consolidadas en el centro occidental. Así, por ejemplo, como lo destacó Robert Howes (2004), la revista *Lampião Esquina* (el primer núcleo de organización) surgió en 1977 cuando Winston Leyland, el editor de *Gay Sunshine* (estadounidense), visitó el país. El revuelo público que causó su visita convocó a los desperdigados activistas homosexuales a elaborar una publicación propia. La iniciativa se tradujo en la publicación de 41 números (1978-1981), una tirada de 15.000 ejemplares y una circulación siempre limitada por el régimen de excepción. Sus páginas convocaron a un nutrido grupo de intelectuales, escritores y periodistas que escribieron sobre temas mucho más variados que los de las publicaciones de México y Argentina incluyendo cine, teatro, literatura, carnaval y religión. Por otro lado, fue capaz de canalizar las habilidades de escritores que en décadas pasadas buscaron darle positividad a la metáfora de la homosexualidad, ya no como una forma patológica, sino como una elección de vida (Figari 2009). *Lampião Esquina* denunció la represión estatal y sirvió como punto de contacto con activistas de otros países, entre ellos el trotskista francés Daniel Guerin y el escritor argentino Manuel Puig, quien perteneció al FLHA. La táctica de producir revistas como modo de circulación sería utilizada con posterioridad por otros colectivos como el Grupo Gay da Bahia (GGB) en 1981.

Néstor Perlongher, corazón del FLHA, tuvo que exiliarse en 1978 en Brasil temeroso de las represalias del gobierno dictatorial argentino. El sociólogo, ensayista y escritor argentino fue beneficiado con una beca y luego con un cargo docente en la Universidad de Campinas. En Brasil desarrolló sus trabajos sobre la prostitución masculina y colaboró con los círculos de homosexuales radicalizados brasileños, potenciando la influencia primogénita de Manuel Puig. En 1976, como actividad pionera, la revista *Somos* del FLHA era discutida en la Universidad de Río de Janeiro bajo el auspicio de João Silverio Trevisan, un cineasta, dramaturgo, escritor y periodista que volvió a su país natal tras pasar algunos años en California y fue un participante clave del movimiento homosexual brasileño. Allí reuniría a jóvenes formados en la izquierda a discutir sobre la experiencia argentina y las posibilidades de importarla a la vida política nacional.

Este punto de contacto se potenció con las actividades en el año 1977 del movimiento Convergencia Socialista (CS), organización trotskista que perteneció a la misma corriente internacional que el PST (Argentino). Su objetivo era la fundación de un partido socialista revolucionario. Aunque algunos de sus miembros no creyeron conveniente la inclusión de demandas homosexuales por temor a espantar a los obreros,

la búsqueda de nuevos adherentes fue más fuerte y el partido autorizó la vinculación. Este debate llevó en 1978 a las izquierdistas a formar el Núcleo de Ação pelos Direitos Homossexuais (NADH) (Figari 2009).

Las tensiones entre quienes pretendían participar de lleno en el movimiento sindical y quienes priorizaban grupos de concientización entre homosexuales debilitaron el movimiento. Para evitar la desintegración se optó por la creación de seis subgrupos al interior: “estudios y discusiones”, “actuación externa”, “servicios”, “identificación”, “actividades artísticas” y “expresión no-verbal”. Pronto adoptaron el nombre “Somos” en homenaje al disuelto Frente argentino.

La política homosexual radical brasileña se nutrió de los intentos de confluencia con la nueva izquierda y las expresiones contraculturales. La izquierda tradicional del Partido Comunista Brasileiro (PCB) y el Partido Comunista do Brasil (PCdB) fue incapaz de canalizar los nuevos fenómenos. En los setenta, el feminismo y los movimientos contra la diferencia racial se extendieron en el territorio brasileiro planteando una agenda en la que el estatus y la identidad problematizaron la referencia unívoca a la clase. En los ochenta, corrientes literarias, musicales y de arte plástico irrumpieron con un enfoque político que se volcó sobre la vida cotidiana. Muchos jóvenes se sintieron interpelados por las demandas de democracia y libertad, y también por una agenda, difundida por movimientos culturales como el Desbunde y el Tropicalismo, que cuestionaba los mandatos sociales. Todo esto complejizó una nueva cultura de izquierda que tendía a abandonar la estrategia armada y simpatizaba con una agenda democrático-liberal (Dehesa 2007).

Aunque cercanos a la izquierda, los movimientos homosexuales brasileños no encontraron fácilmente un lugar en una cultura comunista oficial, que insistía en rechazarlos. Los partidos tradicionales tampoco pudieron direccionar las demandas contra las desigualdades étnicas o de género. Su crisis era profunda, tras las reformas electorales de 1979, el PCB y al PCdB se subordinaron al Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB), el único partido de oposición oficialmente autorizado, lo que derivó en la gradual pérdida de influencia política de los comunistas (Nercesian 2006). Este cambio de ciclo, acompañado por el aumento progresivo de una audiencia militante identificada con una cultura izquierdista más laxa, motorizó entre 1978 y 1980 la formación de las bases que, con la confluencia de grupos sindicales convocados por Lula Da Silva, formarían el Partido dos Trabalhadores (PT).

La impronta trotskista de la CS, a diferencia de los casos argentino y mexicano, le permitió participar de un grupo de acción común con los homosexuales radicales. La oportunidad de militancia simultáneas como parte del intento de ingresar al PT, llevó a la CS a formar el grupo Fração Gay dentro de Somos. En 1979, con motivo del día nacional de Zumbi,⁷ donde se manifestó públicamente el Movimiento Negro Unifi-

⁷ Día en el que se conmemoran las acciones de resistencia de Zumbi dos Palmares, líder de un asentamiento independiente (el Quilombo de Palmares) ubicado entre los estados de Alagoas y Pernambuco, en el noreste de Brasil, uno de los primeros actos de resistencia a los colonizadores y esclavistas

cado, grupos de lesbianas y homosexuales se mostraron por primera vez en la calle. La convivencia no fue sencilla. El 1° de mayo Fraçao Gay y otros miembros de Somos se acercaron a los obreros con la consigna de “Homosexuales construyendo el PT”, lo que no fue asumido con simpatía por los manifestantes. A medida que la organización trotskista (CS) sumaba más trabajadores que universitarios, la relación con la tendencia de homosexuales que exigía mayor presencia de sus demandas se tornó difícil y derivó en una división del grupo (Dehesa 2010).

Mientras que los argentinos vieron frustrados sus intentos de lograr algún eco en el peronismo, los brasileños tuvieron un éxito parcial con el PT. La presencia de grupos homosexuales en 22 grandes ciudades colaboró a fortalecer los nexos con un partido en ascenso más amplio que los comunistas (Green 1994). El retorno de los exiliados políticos en el 79 y la renovación de cuadros modernizaron la estructura del PT. Los debates sobre el género y la negritud ocuparon a núcleos intelectuales con fuerte influencia sobre la estructura del partido. La búsqueda por mejorar los resultados en las urnas diluyó las fronteras del partido, se aceptó la doble militancia que permitió que convivieran grupos heterogéneos (como maoístas, trotskistas o grupos homosexuales). El PT no apeló solo a los obreros, también convocó a los jóvenes con consignas como “Desobedezca” para aprovechar la deslegitimación del régimen autoritario (Dehesa 2007). Aunque próspero, este vínculo no se extendió sin dificultades. La postulación de Fernando Gabeira en 1989 como candidato a acompañar a Lula Da Silva en la elección presidencial fue vetada por algunos comunistas que consideraban que un candidato homosexual espantaría a los votantes obreros.

El movimiento de liberación homosexual brasileño no se diluyó frente al régimen militar, como el argentino o el chileno, sino que se nutrió del desgaste de la coalición dictatorial. Su nexo con un partido de izquierda laxa con estrategia electoral (PT) acompañó su transición de movimiento con perspectiva revolucionaria a la lucha por la agenda de derechos ciudadanos. Los obstáculos no fueron pocos, las organizaciones buscaron un equilibrio entre fuerzas centrífugas que tendían al enfoque revolucionario o a las perspectivas democrático-estatales. La lucha por las demandas ciudadanas terminó por ocupar la agenda de las organizaciones homosexuales. Se inició un camino en el que el lento abandono del programa de izquierda radical dio terreno a la lucha por el reconocimiento estatal de los derechos de las minorías sexuales.

CHILE Y COLOMBIA: LOS INTENTOS FRUSTRADOS

La capacidad de organización de los homosexuales chilenos y colombianos fue mucho menor que la de los argentinos, brasileños o mexicanos. Ambos casos, aunque disímiles, se tornan comparables por las múltiples debilidades tácticas que les impidieron in-

europes. Su conmemoración reúne a la comunidad afrodescendiente para manifestarse y conmemorar las raíces africanas.

tegrar miembros, lo cual nos permite preguntarnos qué componentes locales socavaron esta potencialidad.

La victoria electoral del Salvador Allende (1970) en Chile marcó un periodo de agudización del conflicto social y la polarización política. El proyecto de la “vía pacífica al socialismo” que aglutinó a la mayoría de las izquierdas (comunistas, socialistas, guevaristas, etc.) se enfrentó a una oposición de derecha que, apoyada en las restricciones norteamericanas tras la nacionalización del cobre, impulsó medidas de boicot, acciones parlamentarias y un *lock out* empresarial para destituir al gobierno. El proyecto movilizó expectativas de cambios en la sociedad civil. A medida que el modelo reformista con tintes keynesianos de izquierda encontró límites en un contexto internacional adverso se gestaron nuevas formas de intervención política de masas llamadas “poder popular”. Los obreros ocuparon fábricas y, para frenar el *lock out* empresarial, los pobladores tomaron terrenos y los vecinos organizaron mercados alternativos para acabar con la especulación (Nercesian 2013).

Este clima llevó a un grupo de homosexuales, travestis y lesbianas a manifestarse por primera vez en el centro de Santiago (1973). Alrededor de 50 personas reclamaron contra el abuso policial, pero rápidamente fueron golpeados y dispersados por la fuerza pública. Al igual que el proyecto socialista, esta iniciativa pionera se hundió ante la dictadura de Pinochet (Robles 2008). Cuatro años más tarde emergió el grupo Integración (1977) que, a diferencia del resto de los movimientos que en su nominación proponían la pugna por su condición subalterna, no reclamaba un objetivo revolucionario, sino la búsqueda de la aceptación social. Queda la interrogante de si no fue uno de los primeros síntomas del carácter que estos movimientos tomarían desde la década del ochenta, en vistas de que proponía la concientización en el interior de la comunidad homosexual y la inclusión social. La liberación ya no era comprendida como una instancia radical, sino como la búsqueda de la “aceptación” y el “entendimiento” entre sus miembros. El grupo tenía una orientación primordialmente cristiana y, aunque en el FLHA también había cristianos, estos no ocuparon el centro como sí lo hicieron en el colectivo chileno.

Si bien el espasmo de radicalidad se esfumó en la coacción y se convirtió, años más tarde, en un movimiento por los derechos civiles, la postura de la disidencia sexual radical fue asumida por el poeta Pedro Lemebel. El escritor desplegó una narrativa radical crítica de los conceptos anclados dentro y fuera del mundo homosexual chileno. Su figura de la “homosexualidad proletaria” rechazó el modelo de identificación propuesto, que para él respondía al imperialismo norteamericano. Afirmó que lo “gay seguramente es blanco” y propuso una lectura de la sexualidad en la que intercedían la etnicidad, el género y la clase, y se distanció de las capas medias que, para él, ignoraban la violencia y represión que vivían los grupos marginales. A diferencia del caso de Perlongher en Argentina, Pedro Lemebel emergería como una figura que —aunque con fuertes críticas al modelo sexual de la izquierda tradicional— se politizaría en los círculos simpatizantes al Partido Comunista de Chile (PCC) (Ríos 2014).

Algunos autores señalaron que los comunistas chilenos eran menos conservadores que sus pares regionales y destacaron sus campañas por la liberación sexual femenina

(Salgado 2015). Sin embargo, quizás atravesados por la cultura de época, su política sexual no fue capaz de dislocar el binomio heterosexual/homosexual. Las izquierdas ocupaban el Estado cuando la primera concentración por los derechos homosexuales fue reprimida en Santiago, lo que marcó una experiencia singular de los manifestantes homosexuales: un rechazo simultáneo del Estado y de la izquierda. Quizás como producto de una dinámica institucional o por la fuerte cultura católica, el nuevo gobierno continuó las políticas de restricción a la sociabilidad sexual disidente. Periódicos como *Clarín* o *Puro Chile*, ligados directamente con el gobierno de la UP, se mofaron públicamente de la manifestación homosexual de Santiago y legitimaron la represión. En ese sentido, se refirieron a la misma con títulos como “Colipatos piden chicha y chancho”. Por su parte, los diarios izquierdistas describieron a los manifestantes como “maracos”, “yeguas sueltas” o “locas perdidas” y propusieron que se legislara para que no puedan “hacer las mil y una sin persecución policial”, afirmando que “Con razón un viejo propuso rociarlos con parafina y tirarles un fósforo encendido” (Acevedo/Elgueta 2008).

La revista colombiana *El Otro* fue el portavoz del Movimiento de Liberación Homosexual (1977) en ese país. Al igual que *Somos* (Argentina), *Mariposa* (México) o *Limpaõ Esquina* (Brasil), reunió temáticas asociadas a la cultura, la vida homosexual y la izquierda; recibía correo de lectores, mantenía contactos internacionales y sostenía la necesidad de una revolución sexual y social. Hoy sabemos que este movimiento era, en sí, de carácter unipersonal: del escritor León Zuleta (Amaya 2012).

Tanto en Chile como en Colombia los movimientos se gestaron por la ebullición de las izquierdas y el conflicto social, como también por el hastío frente a los componentes autoritarios con los que los Estados limitaban sus vidas. Por su condición de homosexuales y militantes, al igual que en el caso argentino, mexicano y brasilero, vivieron y experimentaron la violencia estatal en una doble dimensión. La historia colombiana estuvo especialmente marcada por la violencia. Los enfrentamientos armados entre civiles, que desde un comienzo enfrentaron a liberales y conservadores colocaron la apelación a la violencia en el centro de la estructura política. En 1948, el Bogotazo explotó como una de las primeras insurrecciones urbanas que articularon trabajadores, indígenas y capas medias. Desde los cincuenta, la violencia se extendió afectando principalmente a mujeres campesinas empobrecidas. El triunfo de la Revolución Cubana impulsó la formación de las primeras guerrillas socialistas con un fuerte arraigo rural e iniciaron un enfrentamiento con el Estado. En los sesenta, el gobierno aplicó un plan de bombardeos a los montes que en poco tiempo derivó en la muerte de 16.000 campesinos (Ansaldi/Giordanno 2012).

Las prácticas sexuales entre personas del mismo sexo implicaron una violencia particular. Desde 1936 la presión eugenésica derivó en una ley que sancionaba el delito de ‘acceso carnal homosexual’. La misma condenaba a cualquier varón que introdujese su pene en el ano masculino o se dejase introducir el mismo, en cuanto, consideraba que el acto implicaba una ruptura con la naturaleza. La homosexualidad fue considerada por la medicina como producto de la cultura indígena (Tejada 2012).

El Otro, como las publicaciones de Argentina y México, recurrió a distintas tácticas estéticas y discursivas para interpelar al imaginario político de la izquierda. Su llamado a sexualizar la política cuestionaba la separación clásica entre lo público y lo privado. Proponía un horizonte común entre el proyecto de la izquierda radical –socialista y antiimperialista– y el naciente feminismo colombiano, que desde 1975 bregó por un programa de liberación femenina. En estas vías es que, igual que su par argentino, el escritor que se auto-reivindicaría como parte de un movimiento de “diez mil miembros” tendría procedencia trotskista. El FLHA y León Zuleta (MLH) se valieron de la mentira como un componente político. La exacerbación respondía, en ambos casos, a disponer ante los “otros” (izquierdas) la auto-representación de grupos dinámicos, en contacto con otros actores nacionales e internacionales para, de este modo, captar su atención y actuar como interlocutores válidos (Simonetto 2016; Amaya 2012). No fue el caso de Chile, donde el trotskismo fue débil frente a un PCC con influencia prominente entre los trabajadores y el pueblo (Mujica 2013).

El Otro se insertó en los lenguajes contraculturales arraigados en Bogotá. Entre los setenta y los ochenta grupos de artistas se abocaron a representar el homo-erotismo local. El artista conceptual Miguel Ángel Rojas desarrolló un nuevo tipo de teatro testimonial de la vida homosexual. En una suerte de actitud *voyeurista*, se propuso visibilizar el sexo entre varones en baños públicos, espacio que, en toda la región, ocupó un lugar destacado en el encuentro y desarrollo de prácticas homosexuales clandestinas (Acha/Ben 2004; Laguarda 2010; Simonetto 2014). En 1972, Álvaro Barrios, uno de los primeros artistas conceptuales de Colombia, se apropió de imágenes populares homo-eróticas en sus grabados y, en 1975, Carlos Leppe, artista vanguardista del grupo Escena de Avanzada, organizó instalaciones donde ponía el cuerpo como construcción social en tensión con un sistema de secuencias gráficas.

En síntesis, en ambos casos, los movimientos homosexuales tuvieron dificultades para establecerse como expresión de los movimientos de liberación homosexual locales. Bajo un clima represivo y con un público acotado, estas experiencias o se disolvieron bajo la violencia estatal o quedaron reducidas a la mínima expresión unipersonal. En el caso chileno, el aborto prematuro de estos movimientos, derivó en su resurgimiento como un adelanto de lo que desde la década del ochenta sería un movimiento internacional pensado desde la óptica de la normalización ciudadana, la extensión de derechos y ya no desde un discurso radical de izquierda.

CONCLUSIÓN

El ciclo de los movimientos de liberación homosexual en América Latina fue heterogéneo y tuvo especificidades según los casos, pero también se amparó en un gran marco común: los intentos por suturar el imaginario revolucionario de una izquierda preocupada por la acción obrera con el rastillaje por una revolución sexual que desatara los cuerpos de sus funciones meramente productivas y reproductivas. A diferencia de las

organizaciones civiles que en los años ochenta, acompañando el declive del horizonte de transformación social radical, iniciarían la senda por la lucha de una agenda de reconocimiento en el marco de los derechos ciudadanos, grupos argentinos, brasileños, chilenos, colombianos y mexicanos dedicaron parte de su tiempo a pensar de qué formas, por qué caminos y con qué aliados podrían concretar su promesa revolucionaria.

La reubicación de la revuelta de Stonewall en una narrativa comparativa más compleja nos invita a pensarla como un punto de la inflexión en trayectorias anteriores, un punto de hibridación que aceleró partículas locales tendientes a la radicalización del discurso sexual disidente. Como en otras latitudes, los movimientos se balancearon en las teorías de la liberación del deseo, aquella trama compuesta por una interpretación conjuntiva del marxismo y el psicoanálisis freudiano que ofrecía una vía dialógica posible con las izquierdas y una interpretación de sus propias agendas políticas. Pero este clima de ideas transnacional fue reinterpretado al calor de reglas de enunciación local. Los latinoamericanos eligieron resaltar su lugar como homosexuales por sobre su condición gay, que para Pedro Lemebel era un ideal del imperialismo norteamericano. A pesar de esto, su composición de explicaciones conceptuales no evitó las tensiones internas que muchas veces tendieron a la división como en México o en Brasil.

Esta dimensión también nos invita a marcar las miradas, siempre variables, entre pares de la periferia y del centro. Los brasileños tuvieron un fuerte impacto del exilio argentino que, como consecuencia de la instalación de la dictadura en ese país, replegaron parte de su experiencia en el país vecino. Los mexicanos supieron administrar tanto la influencia de la experiencia argentina como reconocer las iniciativas norteamericanas. Los argentinos recibieron por medio de un compatriota que participó del Gay Liberation Front la iniciativa política del centro, siempre mediada por el clima cultural de la izquierda local.

La relación con las izquierdas y los movimientos de masas constituyó un clivaje en la configuración de sus políticas. En Argentina y México el rechazo de los círculos comunistas los llevó a profundizar el diálogo con el trotskismo y el feminismo. También marcó sus intenciones de interceder en acciones sindicales. Los brasileños, a diferencia de la experiencia de los argentinos con el peronismo, fueron más hábiles para sostener una relación tensa con movimientos de izquierda radical, grupos contraculturales con demandas étnicas o feministas, y sobre todo convivir en el universo del PT. Su participación en el proceso democrático contra el autoritarismo de la dictadura también acompañó su reconversión al ciclo de lucha por derechos democráticos. Los chilenos experimentaron un vínculo efímero donde la continuidad que las izquierdas le dieron a la política de coacción del Estado de persecución frustró todo tipo de canalización de estas demandas.

Los movimientos se enfrentaron con la represión en un doble nivel. Como homosexuales sufrieron las leyes restrictivas que sancionaron, con mayor o menor ambigüedad, las formas de ligue entre personas del mismo sexo y habilitaron la persecución y el abuso policial, permeando de hostilidad sus condiciones de existencia. Pero también, como actores políticos, vivieron de forma desigual el creciente clima de violencia po-

lítica que en consonancia con la doctrina de seguridad nacional intentó terminar con la influencia de la izquierda local y tuvo saldos terribles para los países de la región.

Ante esta realidad, el desafío inmutable a pensar más allá de las coerciones cotidianas y evitar la traslación mecánica entre violencia institucional y posicionamiento radical nos invita a resaltar dos ideas que sostenemos en este texto. Primero, la capacidad creativa de los grupos de la disidencia sexual radical los llevó a formular demandas, a manifestarse públicamente a pesar de las reticencias, a señalar y a construir su derecho a una existencia plena. Aunque muchas veces la normatividad institucional pareció asfixiarlos, continuaron desplegando tácticas en diversas áreas para afirmar que la intimidad y el cuerpo tenían mucho que ver con el Estado y el capitalismo. Segundo, más allá de su participación política, los miembros de estos movimientos compartieron las prácticas fragmentarias de los homosexuales latinos, los encuentros en los baños públicos, la inevitable pero radical ocupación de lo público con su vida íntima y privada, las incursiones eróticas al universo proletario, prácticas afectivas que también cuestionaron aquellos modelos que parecían infranqueables.

Los desafíos planteados para una historia social y cultural de las identidades no heterosexuales en América Latina son múltiples. Este artículo es un aporte al estudio de las acciones radicales en años de ebullición política. Aún es necesario indagar más allá de las formas de agencia colectiva, para avanzar, así, en el terreno fragmentario de las vidas cotidianas y las experiencias de las sexualidades subalternas, problemas de estudio que se fortalecieron en el último tiempo con el aporte de investigadores de diversas latitudes. Son esas narrativas las que componen el telón de fondo de sensibilidades sin las cuales las batallas reseñadas en este texto resultan incomprensibles.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acevedo, Carlos/Elgueta, Edgardo (2008): “El discurso homofóbico en la prensa izquierdista durante la Unidad Popular”. En: *Izquierdas (Santiago)*, 2, 3, pp. 3-15.
- Acha, Omar/Ben, Pablo (2004): “Amorales, patoteros, chongos y pitucos. La homosexualidad masculina durante el primer peronismo (Buenos Aires, 1943-1955)”. En: *Trabajos y Comunicaciones*, 31, pp. 217-261.
- Amaya, John (2012): “El olvido recobrado: sexualidad y políticas radicales en el Movimiento de Liberación Homosexual en Colombia”. En: *Revista CS*, 10, pp. 19-54.
- Ansaldi, Waldo/Giordanno, Verónica (2012): *América Latina. La construcción del orden 2*. Buenos Aires: Grupo Planeta.
- Arenas, Reinaldo (2010): *Antes que anochezca*. Buenos Aires: Misquest.
- Barrancos, Dora (2014): “Géneros y sexualidades disidentes en la Argentina: de la agencia por derechos a la legislación positiva”. En: *Cuadernos Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe*, 11, 2, pp. 17-46.
- Barrón Gavito, Mario (2010): “Repensando el movimiento: una imaginación poética del Frente Homosexual de acción revolucionaria (1978-1981)”. Tesis de Maestría en Historia, Universidad Iberoamericana.

- Brown, Stephen (2002): "Con discriminación y represión no hay democracia: the Lesbian Gay Movement in Argentina". En: *Latin American Perspectives*, 29, 2, pp. 119-138.
- Cano, Gabriela (1996): "Más de un siglo de feminismo en México". En: *Debate Feminista*, 14, 3, pp. 345-360.
- Casullo, Nicolás/Forster, Ricardo/Kaufman, Alejandro (1999): *Itinerarios de la Modernidad. Corrientes del pensamiento y tradiciones intelectuales desde la Ilustración hasta la Posmodernidad*. Buenos Aires: Eudeba.
- D'Antonio, Débora (comp.) (2015): *Deseo y represión*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Dehesa, Rafael (2007): "El Sexo y la revolución: la liberación lésbico-gay y la izquierda partidaria en Brasil". En: *Revista de Estudios Sociales*, 28, pp. 44-55.
- Díez, Jordi (2011): "La trayectoria política del movimiento Lésbico-Gay en México". En: *Estudios Sociológicos*, 29, 86, pp. 687-712.
- Figari, Carlos (2009): *Eróticas de la disidencia en América Latina: Brasil, siglos XVII al XX*. Buenos Aires: Clacso.
- Giordano, Verónica (2011): "Alegato a favor de una Sociología Histórica Comparada para América Latina". En: *Trabajo y Sociedad*, 4,17, pp. 41-48.
- Green, James (1994): "The Emergence of the Brazilian Gay Liberation Movement, 1977-1981". En: *Latin American Perspectives*, 21, 1, pp. 38-55.
- (2010): "A luta pela igualdade: desejos, homossexualidade e a esquerda na América Latina". En: *Cadernos AEL*, 10, 18/19, pp. 13-43.
- (2012): "'Who Is the Macho Who Wants to Kill Me?' Male Homosexuality, Revolutionary Masculinity, and the Brazilian Armed Struggle of the 1960s and 1970s". En: *Hispanic American Historical Review*, 92 (3), pp. 437-469.
- Guerra, Lilian (2010): "Gender Policing, Homosexuality and the New Patriarchy of the Cuban Revolution, 1965-70", En: *Social History*, 35, 3, pp. 268-289.
- Healey, Dean (2001): *Homosexual Desire in Revolutionary Russia: the Regulation of Sexual and Gender Dissent*. Chicago: University of Chicago Press.
- Hobsbawm, Eric (1998): *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- Howes, Robert (2004): "Publicaciones periódicas gay, lésbicas, travestis y transexuales en Brasil: comunidad y cultura". En: *Revista Iberoamericana*, 70, 20, pp. 983-1001.
- Insausti, Santiago (2007): "Una mirada sobre las publicaciones del Frente de Liberación Homosexual". En: *IV Jornadas de Historia de las Izquierdas. Prensa política, revistas culturales y emprendimientos editoriales de las izquierdas latinoamericanas*. Buenos Aires: CeDInCI, pp. 70-89.
- Jelin, Elizabeth (1994). "¿Ante, de, en, y?: mujeres y derechos humanos". En: *América Latina Hoy. Revista de Ciencias Sociales*, 9, 4, pp. 6-23.
- Laguarda, Rodrigo (2010): "El ambiente: espacios de sociabilidad gay en la ciudad de México, 1968-1982". En: *Secuencia*, 78, 4, pp. 149-174.
- Mogrovejo, Norma (2000): *Un amor que se atrevió a decir su nombre: la lucha de las lesbianas y su relación con los movimientos homosexual y feminista en América Latina*. México: Plaza y Valdés.
- Mujica, Dolores (2013): *Retratos: hombres y mujeres del troskismo chileno*. Santiago de Chile: Museo Obrero.
- Nercesian, Inés (2006): "Organizaciones armadas y dictadura institucional en Brasil en la década del sesenta". En: *Fermentum*, 16, 46, pp. 45-63.
- (2013): *La política en armas y las armas de la política: Brasil, Chile y Uruguay 1950-1970*. Buenos Aires: CLACSO.

- Nesvig, Martin (2001): "The Complicated Terrain of Latin American Homosexuality". En: *Hispanic American Historical Review*, 81, 3, pp. 689-729.
- Oberti, Alejandra (2013): "Las mujeres en la política revolucionaria el caso del PRT-ERP en la Argentina de los 70". En: *Interthesis*, 1, pp. 6-36.
- Perlongher, Néstor (1986): "O negócio do michê: prostituição viril em São Paulo". Tese de doutorado, apresentada ao Instituto de Filosofia e Ciências Humanas da Universidade Estadual de Campinas.
- Rada Schultze, Fernando (2012): "Una aproximación a las demandas y estrategias del movimiento lésbico-gay argentino en el periodo 1967-1976". En: *Actas del 2º Congreso Interdisciplinario sobre Género y Sociedad: "Lo personal es político"*, 1,1. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, pp. 80-93.
- Rapisardi, Flavio (2008): "Escritura y lucha política en la cultura argentina: identidades y hegemonía en el movimiento de diversidades sexuales entre 1970 y 2000". En: *Revista Iberoamericana*, 74, 22, pp. 973-995.
- Ríos, Alejandra (2014): "¿Ser o estar 'queer' en Latinoamérica? El devenir emancipador en Lemebel, Perlongher y Arenas". En: *Íconos-Revista de Ciencias Sociales*, 39, pp. 111-122.
- Robles, Víctor (2008): *Bandera hueca: historia del Movimiento Homosexual de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio.
- Rodríguez Kuri, Ariel (2003): "Los primeros días. Una explicación de los orígenes inmediatos del movimiento estudiantil de 1968". En: *Historia Mexicana*, 53, 1, pp. 179-228.
- Salgado, Alfonso (2015): "'A Small Revolution': Family, Sex, and the Communist Youth of Chile during the Allende Years (1970-1973)". En: *Twentieth Century Communism*, 8, 8, pp. 62-88.
- Schneider, Alejandro (2013): "Una lectura sobre las organizaciones de base del movimiento obrero argentina (1955-1973)". En: *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, 1, 2, pp. 33-54.
- Scott, Joan (2011): "Género: ¿Todavía una categoría útil para el análisis?". En: *La Manzana de la Discordia*, 6, 1, pp. 95-101.
- Simonetto, Patricio (2014): "Los fundamentos de la revolución sexual: teoría y política del Frente de Liberación Homosexual en la Argentina (1967-1976)". En: *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, 6, pp. 150-174.
- (2015a): "El caudillo de la tercera posición. Aproximaciones a la cultura de la derecha peronista (1973-1975)". En: *Sociedad y Discurso*, 26, 4, pp. 120-142.
- (2015b): "'Mató para ser un hombre completo'. Aproximaciones al estatuto de masculinidad de los sesenta y setenta en la Argentina". En: *Question*, 1, 45, pp. 192-210.
- (2016): *Entre la injuria y la revolución. El Frente de Liberación Homosexual en la Argentina (1936-1976)*. Bernal: Editorial Universidad Nacional de Quilmes.
- Tejada, Walter (2008): "El delito de acceso carnal homosexual en Colombia. Entre la homofobia de la medicina psiquiátrica y el orden patriarcal legal". En: *Co-herencia*, 5(9), 113-141.
- Trebisacce, Claudia (2013): "Un fantasma recorre la izquierda nacional. El feminismo de la segunda ola y la lucha política en Argentina en los años setenta". En: *Sociedad y Economía*, 24, pp. 95-120.
- Vespucchi, Guido (2011): "Explorando un intrincado triángulo conceptual: homosexualidad, familia y liberación en los discursos del Frente de Liberación Homosexual de Argentina (FLH, 1971-1976)". En: *Historia Crítica*, 43, 4, pp. 174-197.
- Weis, Regina (2014): *Activismo LGTBI en México*. Ciudad de México: Heinrich-Böll-Stiftung.
- Wilson, Colin (2011): "Queer Theory and Politics". En: *Socialist Journal*, 132, pp. 25-56.

Fecha de recepción: 14.09.2015
Versión reelaborada: 05.09.2016
Fecha de aceptación: 30.11.2016

177

El **Patricio Simonetto** es licenciado en Comunicación Social y doctorando en Ciencias Sociales y Humanas por la Universidad Nacional de Quilmes. Se desempeña como becario doctoral del CONICET en el Centro de Estudios en Historia, Cultura y Memoria (CEHCM) y pertenece a la Cátedra Abierta de Género y Sexualidades (UNQ). Es especialista en estudios de género e historia sociocultural de las sexualidades. Su pesquisa actual indaga la venta y compra de sexo en la Argentina rural del siglo xx. Es autor de *Entre la injuria y la revolución: el Frente de Liberación Homosexual. Argentina, 1967-1976* (2017) y de numerosos artículos en revistas especializadas internacionales.